
Gabriel Larenas

Invierno

(Cuadernos de Poesía, Santiago, 2014)

Por Nadia Prado

*Y cegando la niebla nos burta*¹

¿Y qué diríamos, en efecto, qué diríamos de ella y por consiguiente de ella o de él, la o el poeta, sí, qué diríamos en una lengua que no fuera la suya?

Jean-Luc Nancy, *Lengua apócrifa*

Leo *Invierno* como si se tratara de un escrito tras un velo, como si algo nos fuera sustraído y cuya perturbación de carácter estable titubeara entre la suspensión y la certeza, en que el lenguaje se desplaza por afirmaciones indefinidas, inaugurando el poema con un ritmo que nos va aboliendo y revocando mientras leemos. En esta escritura crece algo que va cubriendo todo y que, de pronto, nos revela aquello que volverá a eclipsarse, como ocurre en Gabriela Mistral, poblada de niebla en toda su poética, desde *Desolación*, *Tala*, *Lagar I* y *Lagar II*

en que leemos el poema “Electra en la niebla”, de la sección “Locas mujeres”, desde donde Gabriel toma el epígrafe para su libro.

Las páginas de *Invierno* oscilan y afirman la negatividad con que trabaja la poesía. Esta *realidad contradictoria consigo misma* porta aquello que se le opone. Su índole paradójica, saturada de sintagmas regidos por negaciones, hacen que la figura reiterada de las piedras en el poema vaya llenando de movimiento la inmovilidad que se aloja en ellas. Acontece, entonces, un cuerpo que se desplaza, *parcial e incesante* —sin llegar y al parecer sin potencia—, dudando si ha nacido o si solo ha soñado. Anota Gabriel Larenas desde Mistral: “Será tal vez a causa de la niebla que así

me nombro por reconocirme” (Mistral, “Electra en la niebla” 500), para instalar, luego, las metáforas ontológicas que nos muestran versos como este: “Retraída la piedra en pavura [un] resquicio de luz en la piel” (13). Pero también recuerdo a la Mistral de *Desolación* cuando escribe: “Miro crecer la niebla como el horizonte, y por no enloquecer no cuento instantes, porque la noche larga ahora tan solo comienza” (Mistral, “Naturaleza” 71).

El enunciado “Ahora tan solo comienza”, es posibilidad y advenimiento de la escritura, se corresponde con la piedra que en *Invierno* crece en otra, así las páginas que escribimos: experiencia inagotable que tiene su *felicidad propia* y puede rescindir la necesidad de querer ser en la seguridad. A distancia de esa pretensión el espacio de la lectura, como el de la escritura, se abre en esa ineludible oquedad, porque, como señala Silvio Mattoni, “leer no es comprender la palabra de alguien, sino alcanzar la incompreensión de uno mismo en los intervalos de las palabras allí, en la página, esparcidas” (66). En los intervalos de *Invierno*, su escritura, “aquello que gravita en las profundidades” (Kafka) y

que se hace inmóvil en lo mudable, sale al paso con una inercia que se acomoda, se retira y vuelve para hacerse al mundo y pensarse sumergida en la niebla, en que algo cesa, se aniquila y puede volver a reunirse con aquello que yace desorganizado e inadvertido.

Lo que la niebla —cuando va *adensándose* (palabra de Mistral), al igual que el poema de Gabriel Larenas— hace desaparecer es la confianza, la certeza de un sujeto que pretende colmarse en la tranquilidad. La niebla, como este poema, esconde algo a la primera mirada; no sabemos las reglas de su juego, nos somete y nos disolvemos con ella. La concentración extrema en que escribe Gabriel es la intensidad del lenguaje que se abre desde lo vacío y que articula con precisión su presencia. Lo que hace la niebla, además de hurtarnos, mientras la miramos “crecer [...] como el agonizante” (Mistral, “Naturaleza” 72), es entregarnos y arrebatarnos un pequeño volumen en suspensión llamado poema. Nos deja sin contornos, para que a través de esa difusión sigamos al pensamiento que escribirá la mudez o un tartamudeo, sin esquivar la gravedad de la inercia.

Gabriel al inicio apunta: “Deshacer en el oído / no un trazo, privar / cómo regreso” (15). Este “cómo regreso”, que antepone la privación a la pregunta, pondera un saber que se tiene desde siempre: allí donde las imágenes acechan pensamos, esa es la estancia del sufrimiento desde la que se habla y se escribe. La pregunta que es murmullo no creencia, es un deseo que no quiere afincarse, privar el cómo regreso es deshacer el estereotipo de la información, su puro en-sí sin riesgo, y esperar por el relato que merodea espectral y que ha de escribir el árbol que progresa en eso que se cierra, es decir, el puño y lo que crece en él. Escribe Gabriel: “Aún ronda, árbol de puño; / pulir el revés de la piedra / al crecer en otra” (15). Todo delito, desliz, yerro o tropiezo resuena de nuevo. No hay indicaciones, sino corrección, intención, “brote de quicio y desgarró” (16). Cualquier huella, cualquier cartografía, cualquier indicio es cancelado por la pregunta.

Este poema es su deriva: “Un sueño no es suficiente, / te he mirado tirar las piedras al río, / La neblina se hunde y se retira” (5). El hundimiento, repliegue y concentración nos notifica que la nie-

bla ya esta habitándonos cuando entramos en ella. Entonces ¿cómo inscribir lo disperso? ¿aquello que no podemos asir ni siquiera rozar? ¿aquello que no vemos cuando nos va tragando? Ese sueño insuficiente nos dice que nada vive en plenitud. Nunca vemos venir esa sobrevida, solo vivimos. El tiempo se cuele y el signo de su eficacia es nuestra destrucción. Esta niebla, esta dispersión irrefutable, es la materia del texto. Aquello quieto que irrumpe, la piedra entre la mudanza y lo pasmado, reposa remecido, de pronto, por una palabra, por la inquietud persistente de todo cuanto comienza a ser desde su pérdida. “Esbozo el esqueleto de la mano oculta; / hurgo por ramas, son huesos, tardo en responder. / Haces de mí neblina en la noche / y de la noche, arboleda” (12).

Esta *extrema escasez y concentración del lenguaje* grita en el instante de ese mirar previo cuando adviene la desaparición, cuando por el deseo de buscar caemos en la oscuridad inmerecidamente. Se trata de un *dinamismo propio* en aquel rincón, “que [según Bachelard] nos asegura un primer valor del ser: la inmovilidad” (172). Sin embargo, es una “inmovilidad que irradia” (172) des-

de el pequeño rincón que somos y del que salimos para tropezarnos con todo. Algo hace del sujeto neblina y de la noche arboleda. Nada está en su lugar. Así, difuminados en el mundo que también se retira, intentamos: Gabriel escribe: “Aparto, al no vislumbrar, / aún secos los ojos, su cuerpo” (5). Esta estática es, sin embargo, la inquietud de ser allí donde permanecemos en un mismo estado, sin mudanza, donde nos quedamos parados de asombro y, sin embargo, este permanecer hace que la escritura se desplace en interrogaciones: “Dónde irás, animal de hiedra” (5). Es la pregunta la que viaja, el *vértigo interior constante* del autor que, en cuanto reserva, no es sino ese tono disonante del que no encuentra un lugar en el mundo y que solo puede habitar impenetrable e inestable, diverso y hostil, en *variación permanente*, efímero y casual.

518

Si dejáramos de movernos, si dejáramos de hablar, de comer, de amar, si algo en nosotros aún intentara apartarse, ese no vislumbre llamaría a aquello no resuelto que somos para hacernos volver, siempre preguntándonos a qué. “Se gime dolor ya no tiempo” (6) en instantes de vida, subyugaciones temporales, cuyos

acontecimientos nos hacen “morder sin dios” (7), porque esta cría que se desplaza en las páginas no sabe de discreción. Sin embargo, la piedra en su pavora tiene el gesto del retraimiento. Demente, reclama otros caminos, quizás el de la extrañeza, el de ser en su propio seno aquel otro que se separa de sí. La niebla, como las piedras arrojadas al río, se hunde y se retira, esconde el mundo, lo difumina y lo hace existir en su huida. Intraducible en esa falta el sentido se estrecha, el lenguaje cae destilado y dosificado sobre la página; eximido de toda pretensión amplificatoria se vuelve rehén de la concisión y “lamiendo insomne, llega sonámbulo entre los árboles” (7). Solo así es posible que este “insecto oculto entre luces” (7), que camina en lo poco que ve, acune el destello como supervivencia de lo pretérito. Vertida en este gesto que entraña y oculta, me pregunto ¿qué apetito es ese? Se trata, quizás, del *interior sin interior* de la niebla, donde solo hay discernimiento del “sonido en el inicio” (8).

Esta cría, sin costumbre en la sangre, sin manía, sin hábito, solo existe para remover ruidos. No cava, el zumbido apenas inmóvil lo toma en la inmovilidad y

lo guarda de la apariencia caníbal. Esta cría, es un “recuerdo permutado en la boca” (10). Leo, entonces, esta escritura que va cambiando, como si algo saliera desde la niebla “de mano insistente” y “salada [para] borra[r] todo lo que habla” (Mistral, “Electra en la niebla” 501), porque en *Invierno*, lo que permuta la boca es la imagen que se ha puesto a pensar, que come y se entierra en las entrañas, en tanto lo que desaparece en la dispersión no desaparece nunca de sí mismo, incluso cuando el pensamiento se despotencia estamos allí. Por lo tanto, esta “templanza que no llega al instinto” (10) transfiere al que habla un afán de falta. Si todo se apaga, si todo desaparece, si todo es tragado y de pronto embiste en otro lugar, como la escritura, lo que nos guía no son sino los ojos vacíos, sino una imagen dejada en otro tiempo y en otro lugar. El recuerdo se alterna y varía el lenguaje en el tiempo que “amordaza sin culpa” (15). La lengua es un rizo, una onda expansiva que, como la niebla, “oscurece en voz baja” (14). Este primer valor del ser, su inmovilidad, decíamos con Bachelard, sin embargo, desata la heterogeneidad sexual y lingüística, deja caer el yo seguro para

colmarse de alteraciones. Se sustrae y dispersa cualquier unidad, se enreda, es enjambre y se encorva vítreo. Es frágil, parcial, incesante y plural, expansión sin embargo mesurada en la forma que arde en instantes y le arrebató pensamiento a las imágenes. Pensamiento que nos hace trocar y hablar, astillarnos en este cristal que es la lengua. Y encerrado sobre sí, el cuerpo piensa vísceras, cordón, yesca, pabulo. Crece: oscuro, inconcluso en telares de dispersión, pero antes precoz la piel se deshila. Y allí, donde no hay viento, las ramas, las manos trazan y escriben carroña. En esas manos que se ahuecan podemos mirarnos, en el eco irreconocible de nosotros mismos. No negamos ni asentimos, sino que habitamos en la suspensión de la visibilidad, revestidos por el vaho y la carne. Allí el corazón, órgano del recuerdo para Derrida, sinécdoque y órgano del deseo para Barthes, o quizá ambas, es decir, órgano del deseo de recuerdo, se *hincha y desvanece*, como la neblina y el sexo. Y, desde esta nueva oscilación, se rueda al vocablo, para ser desde la certeza del vértigo. Sin utilidad ni certidumbre este poema emerge en una patria inexistente, en su condición inercial mudable en que “el

rostro es calambre [...] fractura o extravío” (25). Fractura en que lo petrificado y pasajero, lo que muda y lo pasmado, vigila, mientras el desvelo contiene y acopla aquello inerte que crece sobre algo vivo y que envuelve produciendo más inercia. Escribe Larenas: “Al raso, invierno, grávido, inunda. [...] se hunde, panal de arena, cae en el último sueño, se agrieta de sal” (14). Y así, habitando celdillas prismáticas, seriales y por turnos, labramos un nuevo encierro, vamos de un témpano a otro, trepando dormidos, entre la grava y las avispas, pequeños y apremiados en medio de una trama incompleta.

Nada doma las letras de esta cría, el temor es a destiempo, la lengua desahucia la mudez y las palabras, *avispas de carne*, escriben concentradas, como miel en la irradiación material del lenguaje y en la “expansión de las cosas infinitas” (Bachelard 241). Palabras, avispas de carne

en que el sujeto no busca concretarse sino ser en su fragilidad y en su punción. Algo quema y habla en su ausencia, es la intensidad de lo sido que pregunta ¿cómo regreso? Indecidible, el esqueleto de la mano, semivivo-semimuerto, intermedia entre el yo y la lengua, y allí, solo queda un exceso recíproco intentando traicionar la prudencia.

Notas

- ¹ Texto leído en la Biblioteca de Santiago el 21 de agosto de 2014, con ocasión de la presentación de la plaquette *Invierno* del poeta Gabriel Larenas (Cuadernos de Poesía, Santiago de Chile, 2014).

Bibliografía

- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Mattoni, Silvio. *Muerte, alma, naturaleza y yo*. Santiago: Ediciones Libros del Cardo, 2014.
- Mistral, Gabriela. *Gabriela Mistral en verso y en prosa*. Lima: Santillana Ediciones Generales, 2010.